



# EL MONASTERIO DE EL ESCORIAL SE QUITA SIGLOS DE ENCIMA

Por VICTOR DE LA SERNA (HIJO)



La basílica del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial acaba de ser salvada recientemente de un gravísimo peligro gracias a la habilidad de un equipo de técnicos y obreros españoles. Tres toneladas de piedra granítica han amenazado con destrozarse, cayendo desde una altura de cincuenta metros, el primer templo español. Solamente ahora que el peligro ha desaparecido se pueden revelar su magnitud y los detalles de esta delicada obra de ingeniería arquitectónica, llevada a cabo con feliz éxito por los equipos que dirige el profesor Anselmo Arenillas, catedrático de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid y arquitecto conservador del Real Monasterio, afecto a los servicios de Defensa del Patrimonio Artístico, del Ministerio español de Educación Nacional.

MEJOR QUE LAS CIFRAS da una idea de las dimensiones reales de la bola que remata el Monasterio escorialense esta «foto» curiosísima, obtenida desde uno de los tableros que ceñían la aguja de piedra.

VEINTE MIL KILOS EN EL AIRE

El Monasterio, que construyera el rey Felipe II para panteón real, está coronado por un gran cimborrio o cúpula, que se desarrolla por encima de los ochenta metros, hasta alcanzar la altura total de unos cien. Sobre la cúpula se alza una linterna de unos diez metros de alto, y sobre ella se levanta una aguja de piedra, coronada, a su vez, por una bola de bronce que remata una cruz. Vista desde el suelo, la bola aparenta ser de pequeño tamaño y de ligero peso. Solamente el equilibrio de proporciones del gran edificio puede disminuir las dimensiones y el peso auténticos de la esfera colocada en su cúspide, que mide dos metros dieciséis centímetros de diámetro y está construida en magnífico bronce, fundido de campanas, con un peso de ¡tres toneladas! Únicamente la audacia y el genio de Juan de Herrera podían hacer el prodigio de colocar a esa altura tan fabuloso remate y que éste, a los ojos del espectador aparezca como airosa y grácil coronación del monumento.

Sin embargo, lo que no pudo evitar el arquitecto montañés es que la acción de las aguas, de la nieve y de los tremendos vientos carpetanos, que durante seis meses del año castigan toda la sierra de Guadarrama, en cuya falda se alza el Monasterio, debilitasen, a lo largo de casi cuatro siglos, la fortaleza de la gran aguja de piedra. Efectivamente, desde hace

algunos años se había observado una ligera inclinación de la referida aguja, que se desviaba de su vertical, inclinación que no podía ser apreciada con verdadera precisión, dada la absoluta imposibilidad de acceso a tan gran altura. Fué el arquitecto Arenillas quien, en el curso de los trabajos normales de restauración del monumento, observó la peligrosidad de la desviación y quien estableció la magnitud del peligro que se cernía sobre el Monasterio, calculando la catástrofe que suponía la caída de un peso de unos veinte mil kilos—tres toneladas de bronce, y el resto, de granito, de la aguja—desde tan gran altura. Se estima que, además de perderse la enorme pieza de remate, hubiesen quedado destruidas las bóvedas de la basílica, y ésta, dañada en proporciones colosales. Simplemente unos prismáticos y una cámara fotográfica con teleobjetivo fueron los instrumentos que utilizó el arquitecto para dictaminar la alarmante gravedad del caso. Inmediatamente comunicó el resultado de su investigación al Ministerio de Educación Nacional, y fué el propio ministro, Ibañez Martín, quien ordenó la urgente e inmediata puesta en marcha de las obras para consolidar la amenazante aguja.

EL GIGANTE, ENTABLILLADO

El primer problema que se planteó el profesor madrileño—por otra parte, un gran experto en materia de restauración—fue el del acceso a los cien metros de altura y la construcción de un dispositivo que permitiese trabajar allí con comodidad y seguridades. Otro objetivo fué lograr una franca economía en el costo total del trabajo. Ambos problemas se solucionaron con la instalación de un gigantesco andamio, construido—con arreglo a un complicado proyecto—en fuerte madera de pino del Guadarrama, cuyos tres mil tableros podrían recuperarse posteriormente para otros trabajos. El gran esqueleto de madera fué apoyado sobre las partes más resistentes de la cúpula en forma tentacular y fuertemente atrantado con innumerables cables de acero, que lo sujetaban a distintas alturas, atados en las torres laterales del Monasterio. Los numerosos madrileños que pasan su verano en

El Escorial quedaron sorprendidos este año pasado cuando pudieron ver, a su llegada en el mes de julio, la gran cúpula herreriana cubierta por una red de andamiajes. El gigante estaba entablillado como un hombre herido, y sobre su estructura se movían, activos y arriesgados, sus enfermeros. Al mando del arquitecto, un equipo de obreros especialistas comenzó el delicado trabajo de cirugía arquitectónica. Este había de durar varios meses, al cabo de los cuales, el completo éxito de la obra asegura para el futuro la estabilidad de la maravillosa flecha escorialense.

LA AMENAZADORA REALIDAD

Los cálculos «a distancia» de Arenillas tuvieron una alarmante confirmación. Cuando se llegó a la cúspide de la torre se pudo comprobar—con un espanto fácilmente imaginable—que la enorme bola se había desplazado de la vertical de su eje ¡casi un metro! Tres toneladas de bronce estaban amenazando caer, con la fuerza de una bomba «rumpemanzanas», sobre la gran basílica. Sólo un milagro de equilibrio había salvado hasta entonces al Monasterio de la ruina. El primer trabajo de los obreros fué separar la bola de su sostén de piedra. Para ello fué abierta en dos como una naranja y despegada de la aguja. Fuertemente sujetas por cables, las dos partes de la bola quedaron en el aire. Y aquí sobrevino un momento de verdadero espanto para cuantos intervinieron en la operación: libre del tremendo peso de la esfera metálica, la gran aguja de piedra retrocedió espectacularmente y recuperó su verticalidad casi absoluta. Los enormes bloques de granito con que está construido gimieron como si fuesen a estallar, y los obreros vieron aterrados cómo se separaba de ellos una estructura de piedra que, vista de cerca, tiene las proporciones de un verdadero edificio. La solidez y la resistencia del andamio aguantaron perfectamente la gran sacudida, y todos los males se redujeron a un susto del que todavía alguno de los obreros no se ha recuperado. A partir de entonces, los trabajos se llevaron con gran celeridad. A pesar de las seguridades que ofrecía el andamio, todo el personal tuvo que luchar al principio contra el vértigo que provocaba la gran

LA VERDAD SOBRE EL «LADRILLO DE ORO»

tura; pero, afortunadamente, todos ellos superaron este inconveniente, y apenas un pequeño accidente, sin consecuencias graves, se produjo en el curso de toda la obra.

Las piedras de la aguja descompuestas y agrietadas por la acción de los elementos fueron sustituidas por otras nuevas, que se colocaron sobre una sólida base de hormigón, armado con hierro redondo. La dificultad de ascender hasta la aguja los nuevos bloques de granito fué salvada por una ingeniosa instalación que permitía izarlos hasta los cien metros de altura, colgados de un cable de acero movido por un motor.

Durante el tiempo que duraron las obras se hicieron algunos curiosos descubrimientos, cuya referencia habrá que incorporar en el futuro a la historia del Monasterio. Fué sorprendente, por ejemplo, comprobar la robustez de la bola, construida con una espléndida aleación y de un grueso más que respetable. Muchos obreros y algún visitante audaz se fotografiaron en el interior de la gran esfera, en el que cabían fácilmente seis hombres.

La obra descubrió también que el famoso «ladrillo de oro» que la leyenda afirma que hizo colocar allí Felipe II para desmentir a quienes aseguraban su ruina económica, no es ladrillo—en su forma, naturalmente—ni de oro. Y que hay cuatro más en la aguja.

En efecto, en presencia de algunas autoridades eclesiásticas y civiles—valientemente arriesgadas a la ascensión por el andamio—, el arquitecto desmontó con cierta ceremonia el famoso «ladrillo», que no es ni más ni menos que una placa de bronce dorada, en la que están grabadas algunas oraciones impetrando la protección divina contra las tormentas. Las oraciones están dispuestas en acróstico de tal forma, que, repetidas desde el centro, forman una perfecta cruz. Otras cuatro planchas semejantes existen en los restantes contrafuertes de la linterna. El hecho de que sólo el llamado «ladrillo de oro» haya hecho fortuna en la imaginación de las gentes se debe a que estaba orientado a Poniente y era el único que recibía luz suficiente para brillar.

ORO SOBRE EL GRANITO

En los primeros días del año pasado fué concluida la magnífica obra. Hay algo que no ha podido ser restituido a la aguja inmediatamente: la pátina del tiempo. Pero esta última parte de la restauración la llevará a cabo el tiempo. A cambio de ello se le ha devuelto al cimborrio del Monasterio—aparte la seguridad—un detalle que esta vez sí le robó el tiempo: el dorado de la bola. Protegido por una especie de biombo de lonas, un grupo de maestros doradores recibió

la gran esfera con panes de oro, posteriormente protegidos con una capa especial de esmalte. El arquitecto calcula que el lujoso revoco durará el número suficiente de años para compensar del gasto—no muy elevado, por otra parte—que ha supuesto. Al parecer, el primitivo dorado de la bola del cimborrio—y de las que coronan las restantes torres del edificio—duró desde la terminación del Monasterio, en 1584, hasta mediados del siglo XVIII.

Antes de desmontar el andamio—que en lo sucesivo estará sustituido por una escalerilla invisible desde el suelo—, se procedió a depositar en el interior de la bola una placa que registre la intervención de los hombres del siglo XX en la conservación de esta gran joya de la arquitectura universal. La inscripción de la placa fué redactada por el escritor Víctor de la Serna, cronista oficial de la provincia de Madrid, y dice así:

EN EL AÑO DEL SEÑOR DE 1949  
Reinando en la Iglesia Universal la Santidad del Papa PÍO XII.

Siendo Arzobispo de Toledo el Primado de España, Cardenal PLA Y DENIEL; Obispo de Madrid-Alcalá, el Patriarca de las Indias, Dr. EJO GARAY, y Prior de San Lorenzo el Real, de El Escorial, el P. LUCIANO RUBIO, O. S. A.,

FRANCISCO FRANCO  
Jefe del Reino de España,  
mandó restaurar esta aguja, remate del insigne monumento, gloria de la cultura hispánica y prez de la Católica Monarquía, elevado a mayor honra de Dios y vocación del mártir San Lorenzo, su diácono, por la Majestad del Señor Rey Don Felipe II, de imperecedera memoria.

Don JOSE IBANEZ MARTIN, Ministro de Educación Nacional, proveyó los fondos necesarios para esta obra. La proyectó y ejecutó el Arquitecto del Patrimonio Artístico Nacional y Conservador de este Real Monasterio, don ANSELMO DE ARENILLAS Y ALVAREZ, siendo su Aparejador don PEDRO HURTADO OJALVO.

En testimonio de lo cual se deposita esta plancha de cobre en la bola de bronce que remata la aguja reconstruida. Lo firma el Cronista Oficial de la Provincia de Madrid, que en este Real Sitio está.

De este modo la Técnica moderna, puesta al servicio del Arte y de la Historia, ha concluido uno de los más difíciles y brillantes trabajos de conservación arquitectónica, en los que España ocupa uno de los primeros puestos europeos.

( F O T O S D E L A U T O R )

↑ CORRIENDO PARA EVITAR EL PELIGRO.—Todavía no han llegado a la cúspide los obreros que salvaron la basílica del peliagro que sobre ella se cernía.—Y desde abajo, el teleobjetivo de la cámara ha registrado con exactitud la peligrosa inclinación de la aguja, que en el grabado se demuestra por la línea trazada sobre la vertical.—La flecha señala el tamaño de un hombre para imaginar el de la cúpula.

UNA PERSPECTIVA INEDITA DEL BELLISIMO patio de los Evangelistas, en esta fotografía, obtenida desde la cúpula. Es ésta la primera vez que el prodigioso «square» herreriano, ha sido fotografiado de arriba abajo con una precisión que el rápido y vertiginoso paso de un avión no hubiese permitido.

TRES MIL TABLEROS PARA ENDEREZAR UNAS PIEDRAS.—Este es el gigantesco andamio que hubo de ser instalado sobre la cúpula del Monasterio para enderezar la aguja terminal.—Durante meses varias docenas de obreros especialistas lo utilizaron con las máximas garantías de eficiencia y seguridad.

